

Gula

Requin



# Capítulo 1

GULA

1

“No puedo más. Tengo tanta hambre. El tiempo de castigo fue mucho más largo esta vez. Quiero sentarme, me voy a desmayar”.

Fue el último pensamiento de Marcela; había crecido y ya no cabía sentada en el ropero de los castigos, estaba con la cabeza ladeada y las rodillas levemente dobladas cuando se desmayó. Al abrir la caja de castigo, solo cayó al suelo sin respuesta alguna a ninguno de los estímulos que le proporcionó una de las encargadas.

Maura vio caer el delicado cuerpo de quien la había protegido. Solamente con su estatura y su espíritu era más poderosa que muchas en el hogar de menores, pese a siempre haber sido delgada; característica acentuada por la escasez de comida y su generosidad, ya que regalaba su postre a las niñas más pequeñas “lo necesitas más, yo ya he crecido lo suficiente” repetía al ver la tristeza de las demás niñas cuando veían la poca comida que le quedaba a Marcela. Cuando Maura llegó al hogar, luego de que sorprendieran a su padre intoxicado con drogas y a su madre ausente, fue Marcela quien la apoyó y protegió, tanto de las otras niñas como de las encargadas. Tuvieron afinidad inmediatamente, ya que eran parecidas en cuerpo y mente. Una gran tendencia a la equidad y valor para apoyar a quien no puede defenderse.

Daba la impresión de ir cayendo en cámara lenta, su mortecino rostro no mostraba rastro de vida alguno y su corazón, disminuido de tamaño por la desnutrición, daba sus últimos latidos. Al caer golpeó su cabeza contra el piso. Las encargadas le dieron cachetadas, la pellizcaron y tardaron casi cuarenta minutos en decidir que la llevarían al hospital porque temían meterse en problemas si descubrían que las niñas sufrían constantes abusos en el hogar. Sin ser vista, Maura se encontraba en un rincón, de pie, observando con horror cómo las encargadas discutían sobre responsabilidades mientras Marcela estaba muriendo en el suelo.

Con quince años sufrió un infarto y murió en el servicio de emergencias del hospital. La autopsia fue muy reveladora; midiendo un metro con sesenta y cinco, solamente pesaba treinta kilos, no había tenido su primer período menstrual, estaba cubierta de lanugo, sus uñas se veían azules, y su corazón ya tenía el tamaño de un limón. Quien escribió el informe estaba atrasado para ir a almorzar, por lo que la causa de muerte fue únicamente un “paro cardio respiratorio”. Olvidó hacer el informe para que investigaran el entorno de la menor, por lo cual la negligencia en el cuidado de las niñas no fue denunciada ni castigada.

Las encargadas del cuidado de las niñas en el hogar dijeron a todos que Marcela huyó. No se dieron cuenta de que Maura las estaba viendo cuando tuvo lugar el último castigo. Maura guardó silencio. Sabía por experiencia y por todo lo que vivió Marcela que los reclamos no darían otro fruto que

un encierro de muchas horas en aquel ropero. Esperó con gran paciencia tener suficiente edad para marcharse de aquel lugar, nunca dio problemas, pero el no dar problemas significaba que el resto de las niñas no iba a tener a nadie que luchara por ellas. Maura fue estratégica y en lugar de regalar su comida a las demás niñas, les enseñó a comportarse según el gusto de las encargadas. Con esto los castigos disminuyeron notablemente, pero ya nadie reía. El ambiente tomó un tono de falsa sumisión que era palpable, pero finalmente, efectivo. Maura no iba a permitir que aquellas niñas a quienes Marcela había cuidado tanto, sufrieran. Las preparó para cuando ella no estuviera ahí. Las obligó a tener una disciplina impecable y una voluntad inquebrantable.

Llegó el día en el que Maura se fue. No hubo lágrimas ni abrazos, solamente un leve asentimiento de parte de las otras niñas, quienes con la mirada le dijeron hasta pronto. Sabían que se volverían a encontrar. Maura se había convertido en el pilar de ese lugar. Les dio la firmeza de un padre, ya que el amor de madre era cosa de Marcela.

Después de un tiempo, Maura no lograba descifrar si lo que colaboró con la muerte Marcela fue anorexia, abuso sexual o simplemente no toleraba que una niña pequeña tuviera hambre. Prefirió pensar que era lo primero, aunque, borrar sus curvas a punta de hambre, en la mente de Maura, era una bandera roja que decía violación. Marcela no quería ser deseada. Porque de lo contrario, ¿Cómo era posible que tu amor por el prójimo fuera más allá de tu instinto de auto conservación?. Prefirió no pensar en una respuesta.

La primera noche fuera del hogar de menores, Maura durmió en un albergue, recordando con amor los consejos de Marcela "en los albergues te roban cuando duermes, no lles nada de valor. Puedes dejar tus cosas en algún casillero en el metro".

Luego de algunos años trabajando intensamente, Maura pudo comprar un pequeño terreno en la zona rural de la ciudad. Los dueños anteriores dejaron una caravana en deplorables condiciones, pero Maura era ingeniosa y rápida para aprender, por lo que la reparó para vivir en ella un tiempo. Cada tarde, luego de trabajar, tomaba su destartada bicicleta y llegaba a su hogar. Ya no debía pagar renta, por lo que pudo dejar uno de sus tres trabajos. Había decidido que no iba a sacrificarse para cumplir con el estándar de vida que la mayoría de las personas consideran aceptable basado en una ilusión de éxito impuesta en sus mentes desde que son niños. Alguien que ha vivido realmente la miseria y la angustia puede comprender lo valiosos que son el silencio y la soledad. Solo quería una vida pacífica para poder descansar. No iba a matarse trabajando para comprar una gran casa, que probablemente permanecería vacía. Maura no quería tener familia. No soportaba la idea de perder a más personas. Cada día agradecía al espíritu de Marcela, ya que en vida, ella le explicó todo lo necesario para vivir con mínimas condiciones. La familia de Marcela no era como la de Maura, ellos eran muy unidos e hicieron de todo para sobrevivir, pero servicios sociales consideró que no era suficiente. La madre de Marcela había muerto en un accidente, la habían atropellado, y luego de un par de años su padre, quien no toleró más dolor, se colgó de

la viga de la casa de la que estaban por ser desalojados. Luego de esto, Marcela fue llevada al hogar de menores y para superar su dolor, convirtió todas sus emociones en amor y sacrificio para las otras niñas.

Marcela enseñó a Maura todas sus tácticas de supervivencia, las que aprendió cuando vivía con su familia "por si algún día te ves en apuros" le decía. Eran extremadamente pobres, les habían cortado el suministro de energía eléctrica, el agua y el gas, por lo que se hicieron expertos en hacer fogatas, cocinar a leña, lavar la ropa con el mínimo de agua y usar la misma para limpiar el inodoro luego de defecar. Cuando llegaron al punto de apenas tener agua para beber y cocinar, dejaron de lavar ropa y de usar el baño. Durante las tardes, iban a un terreno en el que se instalaba una feria itinerante que vendía ropa usada y recogían la ropa que quedaba abandonada porque no se había podido vender; la usaban cuando la que tenían puesta no aguantaba un gramo más de sebo. También recogían bolsas de plástico, las que usaban para depositar sus heces y arrojarlas con la basura orgánica. Nunca se avergonzó de compartir esto con Maura, siempre dijo que como familia, preferían vivir como animales antes que robar o cometer crímenes.

Maura se sentía agradecida, ya que esos conocimientos le sirvieron para vivir en su nuevo hogar muy pronto. En algún momento, Marcela le dijo, que cuando saliera, quería vivir en la montaña, que podría vivir ahí sin complicaciones, ya que tenía experiencia viviendo con lo mínimo debido a las necesidades que sufrió con su familia. Le ofreció vivir con ella cuando saliera.

Los arreglos de Maura continuaron. Compró una cabaña prefabricada, pidió una licencia para cazar y una para tener una escopeta. Decidió que se aislaría de la sociedad. Le era insoportable. Viviría de su huerto, de la caza y de la venta de sus tejidos. Lo único provechoso del hogar de menores, según Maura, fue que le enseñaron a tejer.

Con lágrimas en los ojos, Maura pensaba en Marcela, en las encargadas que la encerraban en aquel ropero diminuto, para castigarla, por enfrentarlas, por desautorizarlas, para que se desquitaran con ella, por las frustraciones que las hacían pasar las niñas más pequeñas. No era justo. Marcela tenía más ganas de vivir que cualquier otra persona que hubiera conocido.

Cinco años después de obtener su libertad, mientras terminaba su último turno como "asalariada" en una cafetería, Maura vio en las noticias locales un reconocimiento especial a la trayectoria y a la ética laboral de las encargadas del hogar de menores en el que había vivido junto a Marcela y las otras niñas. Sintió que iban a fallarle las piernas. Usó todas sus fuerzas para no llorar, ya que eso también molestaba a las encargadas en sus años de adolescencia, "las piedras no lloran", se repetía una y otra vez. No sabe si fue por la costumbre o porque no quería que nadie supiera lo que sentía por esas mujeres, pero se contuvo. En el fondo de su corazón tenía la certeza de una decisión que cambiaría su vida y la de aquellas mujeres que juraron proteger a las pequeñas y que no hicieron más que agredirlas y privarlas de lo básico, y que para colmo, serían premiadas por su gran trabajo.



Iban a pagar con carne y sangre. Solo que Maura no sabía en ese momento hasta qué punto esta frase se haría realidad.

2

— ¡El refrigerador está listo! —gritó el técnico enviado por la empresa a la que Maura había comprado una gran cámara de congelados—.

Maura vio con satisfacción que la cámara de congelación estaba lista. Necesitaba espacio para almacenar a los animales que cazaba, porque al ser una mujer sola, comía por mucho tiempo de la misma bestia y eso la cansaba. Cazaba tres o cuatro ejemplares de distintas especies, los faenaba, trozaba y congelaba para ir variando su alimentación y así cazar solo lo necesario. Curtió las pieles de la mayoría, quedándose con las que necesitaba y vendiendo el resto. Ahorraba el dinero, y luego de comprar una camioneta muy vieja, pero a la vez resistente, no lo necesitaba más que para comprar champú y jabón para ropa.

Ninguna de las niñas del hogar llegó. Ya habían pasado diez años. Dejó las indicaciones de cómo llegar en el lugar acordado, pero, aun así, nadie apareció.

Uno de aquellos días en que Maura se acercó a la ciudad para hacer compras, vio a una muchacha salir de un motel que quedaba en la ruta que hacía con su camioneta; la reconoció pese a la palidez, la ropa provocativa y el delineador de ojos corrido. Era Susana, una de las niñas más pequeñas que Marcela tuvo bajo su cuidado. Maura bajó la velocidad hasta mantenerse a la velocidad de la chica y bajó la ventanilla.

—¡Susana! —Exclamó Maura, quien vio que la chica se sorprendió por escuchar su verdadero nombre, pero esta no se detuvo, apuró el paso—.

—¡¡Vete a la mierda!! Y no digas mi nombre porque me meterás en problemas.

—¿Cuánto la hora?

—Púdrete perra, únicamente me acuesto con hombres

—No quiero follarte idiota, quiero hablar contigo, por Marcela.

Susana se detuvo en seco y finalmente miró a la cara a su interlocutora.

—Eres tú... —soltó en un suspiro—.

—Sube de una puta vez

Luego de un largo baño y un enorme plato de comida caliente, Maura lograba divisar con más claridad el rostro de la pequeña Susana, quien lloraba por Marcela cada vez que esta le daba su comida. En aquella época tenía ocho años y comprendía a la perfección el hambre y el dolor por alguien que amas.

—¿Consumes drogas? —preguntó Maura, con franqueza—.

—Crack

—¿Antes o después de empezar a prostituirte?

—Poco después

—Cuéntame qué pasó, por qué no viniste conmigo, les ofrecí asilo antes de irme

—Cuando llegaste tenías catorce años, ¿Verdad? —Maura asintió— eras demasiado vieja para él, y por la cara que pones, supongo que Marcela

nunca te contó que el auxiliar del hogar era pederasta. Todas las menores de diez años fuimos violadas por ese cabrón. Lo más irónico es que Marcela adelgazó para evitar ser violada y finalmente eso fue lo que la condenó. Al bajar tanto de peso y no tener curvas, se veía más infantil y este maldito hizo una excepción con ella. Fue un par de semanas antes de que tú llegaras. Cuando Marcela murió, el tipo desapareció. Supongo que huyó del escándalo de una muerte por negligencia. ¿Crees que teníamos opción luego de salir de ahí? Solo queríamos borrar nuestros recuerdos, suprimir el dolor del desamparo. Esto te atrapa. Te ahoga hasta que encuentras un escape, que casi siempre son drogas. Primero entregas todo tu dinero por una dosis, luego tu ropa, tus zapatos y finalmente tu cuerpo. Después alguien descubre que eres "muy bonita aún" y como por arte de magia tienes un proxeneta que te golpea y te quita todo tu dinero—.

—¿Por eso buscas clientes al borde de la carretera?

—Así es, trabajo independiente

—¿Y las otras niñas?

—Muchas siguieron este mismo camino, otras murieron por sobredosis o se suicidaron y las que hicieron una vida, cambiaron su nombre y se alejaron sin mirar atrás. Hará un par de años que no me he encontrado con ninguna. Pregunta aparte, ¿por qué traes a una drogadicta a tu casa? ¿Eres idiota? Recuerda que robamos mucho para pagarnos el vicio, puede que alguna vez quiera volver y no será por comida—.

—Si lo haces, no dudaré un segundo en volarte los sesos con mi escopeta —advirtió Maura con seriedad—.

—Sigues igual de agresiva que la última vez que te vi

—Únicamente quiero dejar las cosas claras, si quieres salir del hoyo en el que estás, puedo ayudarte, de lo contrario, solo puedo ofrecerte la comida que estás consumiendo y mis mejores deseos, con la advertencia de que no te quiero volver a ver por aquí—.

—Vives demasiado lejos. No creo que venga por aquí otra vez, pero aprovechando la cortesía del reencuentro, ¿podría dormir aquí hoy? Estoy que ladro por dormir en una cama, o en un sillón. Cualquier cosa que no sea la banca de la parada del autobús.

—Está bien. Tengo un cuarto extra. Era para recibirlas a ustedes. Estás advertida perra, me robas y te hago un agujero

—No lo haré. Solamente respeto a dos personas en este mundo; una está muerta y la otra frente a mí—.

Maura tenía insomnio, por lo que se levantaba muchas veces durante la noche. En una de esas ocasiones, se encontró con Susana, quien miraba las últimas brasas que quedaban en la chimenea.

—¿Realmente tendrías la fuerza y la paciencia para ayudarme a salir de esta vida? —dijo con los ojos vidriosos. Las mejillas húmedas y las pupilas dilatadas—.

—Sabes que sí —Afirmó Maura—.

—La desintoxicación será dura

—Aquí nadie oirá tus gritos

—¿Puedo quedarme contigo un tiempo?

—Por supuesto

—Acabo de fumar lo que me quedaba de mi última dosis. Pronto querré más y probablemente tendrás que atarme a la cama si no quieres que salga

—Tendrás que autorizarlo por escrito

—No confías en mí

—Por supuesto que no. No te he visto en años.

—Bien. ¿tienes papel y lápiz?.

Fueron seis semanas muy duras, pero Maura soportó todo. Los vómitos, los insultos, los gritos, los llantos histéricos, las escupidas en la cara y las propuestas más escandalosas de parte de Susana para que la dejara salir a consumir.

Una vez terminado este infernal mes y medio, Susana estaba lista para ser liberada, pero Maura tenía otros planes.

—¡Zorra! ¡Suéltame! —Gritó furiosa Susana tratando de zafarse de las esposas que le puso Maura. Eran de lona y se ajustaban con herramientas, por lo que las puedes ajustar mucho sin lastimar al usuario y son muy difíciles de romper, aunque pases todo el día mordiéndolas— dijiste que en seis semanas me liberarías—.

—Cambié de opinión, no tienes motivos para seguir adelante. Si te libero, pasará medio día antes de que vuelvas a consumir y todo será en vano. Necesito que escuches toda la historia de Marcela, una historia que me pidió les contara a todas las niñas que llegaran a nuestra casa, para que pienses muy bien cada paso que darás una vez te levantes de esta cama—.

Maura contó a Susana todos los secretos, dolores y penas de Marcela. Sabía de la violación, pero Marcela le había hecho jurar que se olvidaría del tema. Le contó sobre el hambre, el cansancio, los planes a futuro y los castigos en el armario. Susana lloró en silencio todo el tiempo.

Maura finalizó su historia contando que dedicó mucho tiempo a buscar el cuerpo de Marcela, pero todos los caminos indicaban que había sido depositada en una fosa común. Para finalizar el triste relato, le comentó que las encargadas serían premiadas por su trayectoria y buena labor. Al oír esto, Susana se descontroló. Comenzó a gritar y llorar por mera impotencia, insultando a las encargadas del hogar y jurando por su madre que les arrancararía la piel con sus propias manos.

3

Susana llevaba seis meses viviendo con Maura. Se mantuvo limpia y lejos de problemas, decidiendo vivir de la mejor manera posible motivada por todos los sacrificios de Marcela. Había engordado y todo el tiempo masticaba chicles para calmar sus deseos de fumar o de consumir.

La madrugada de ese domingo, Susana oyó un ruido detrás de la casa. Un ruido pesado, seco; notó que Maura no estaba en su habitación y salió a ver qué sucedía. Era extraño que hubiera ruidos en medio de la noche en aquel solitario lugar. Se acercó al sector de la cámara de congelados.

Había una pequeña habitación para faenar a los animales antes de congelar la carne. La luz estaba encendida y Susana oyó a Maura

haciendo esfuerzos mientras lloraba, mientras se pedía perdón a sí misma incesantemente.

Entró y vio lo que apenaba tanto a Maura. Estaba cortando el pie de una mujer gorda y vieja que estaba muerta sobre la mesa de faena. Maura miró con una calma anormal a Susana.

—Tú eliges, te vas y me denuncias o me ayudas a trozar a las perras que mataron a Marcela—.

Como si sus extremidades tuvieran vida propia, Susana se puso las botas, el delantal, los guantes y colaboró con agilidad. Maura le había enseñado todo el proceso. Terminaron con una, faltaba la segunda, quien al ser puesta en la mesa se quejó suavemente. Aún estaba viva. Maura ahorcó a ambas para no dejar manchas de sangre, pero esta resistió. Cuando se disponía a terminar el trabajo, Susana se adelantó, clavando un enorme cuchillo lentamente en su corazón mientras susurraba al rostro de la mujer.

—Esto es por Marcela y por todas nosotras zorra hija de puta— Dijo Susana mientras las lágrimas rodaban por su rostro.

Esa acción probó su compromiso y selló el pacto de silencio entre ambas. Congelaron todos los kilos de carne. Las pertenencias, pieles, grasa, cabezas y huesos, fueron reducidos a cenizas en el incinerador que Maura tenía para quemar los restos de los animales que cazaba.

Maura se deshizo de toda posible evidencia, bañó meticulosamente a Susana y luego se bañó también. Ambas estaban en silencio. Al terminar, estaba amaneciendo; la falta de sueño y el esfuerzo las dejaron exhaustas y con mucho frío. Maura sirvió dos tazas de chocolate caliente mientras Susana encendía el fuego en la chimenea. Ambas se sentaron frente a ella.

—Gracias— dijo Susana—.

—No me agradezcas, te metí en un problema enorme

—Nunca me había sentido tan libre. He sido bendecida.

—Eres increíble —dijo Maura entre risas, rompiendo la tensión que se había apoderado del lugar—.

—Ahora ambas somos criminales

—No se compara; yo maté a esas mujeres

—La ley es la ley. De hecho, yo tendré más años que tú porque además ejercí la prostitución

—¿Quieres entregarte? —preguntó Maura

—¿Tenemos alternativa?

—La tenemos. Podemos guardar silencio. Destruimos evidencia y eso es obstrucción de la justicia. Vamos a recibir una condena de más de cien años considerando la premeditación, pero solo si alguna habla.

—¿Qué planeas? —preguntó Susana, intrigada—.

—Me gusta mi vida, me gusta esta casa y aún no estoy tan vieja.

Francamente, no siento haber cometido un crimen. Era lo justo. Esas mujeres destruyeron muchas vidas. Yo simplemente cobré. No planeo entregarme.

—No lo hagamos.

—Es una promesa



—¿Qué vamos a hacer con toda esa carne?

—Me la comeré toda. Esas condenadas se irán al infierno conmigo  
—sentenció Maura—.

Susana la miró, viendo la decisión en su rostro la abrazó y decidió acompañarla en su "nueva dieta". Mientras la abrazaba, le susurró.

—No me molesta comer carne de cerda, gracias, Marcela.

Sintió la tensión que se apoderó de Maura, quien trató de disimular fingiendo que tomó el comentario de Susana como una confusión por el cansancio. Esta la miró a los ojos.

—Sé quien eres— dijo Susana

—¿Qué estás diciendo? ¿Te sientes bien? —Dijo Maura, intentando mantenerse serena—

—Tú eres Marcela, no me pongas esa cara. Te reconozco, ¿cómo no hacerlo? Has sido la única madre que he tenido y jamás olvidaría tu cara. ¿La que murió era Maura, verdad?

Marcela suspiró profundamente, había sido descubierta. Bajó los hombros y una lágrima rodó por su mejilla.

—Me debes una explicación Marcela

—No extenderé mucho la historia. Como sabes, fui violada un par de semanas antes de que Maura ingresara al hogar. Nuestro parecido físico era importante, incluida la desnutrición. Le pedí, le supliqué que ocultara su cuerpo para que no le sucediera lo mismo que a mí. Afortunadamente, obedeció y por eso siempre estaba tan abrigada. El día en que murió, yo había desafiado a las encargadas para que me castigaran a mí en lugar de las niñas más pequeñas. Cuando las encargadas fueron a buscar las llaves del armario, Maura se quitó su suéter y me lo puso, ató su cabello y soltó el mío. Me hizo apoyar en el rincón de la habitación y me dijo "hoy me toca a mí, ya te han dado mucho esta semana". Acepté aliviada, ya que aún me dolía el cuerpo por los varillazos que recibí por haber robado unas galletas. Solo serían unas horas, pero justamente esa vez, las hice enojar tanto, que la dejaron veinticuatro horas encerrada en ese pequeño armario. Esas mujeres eran tan negligentes que no notaron que era Maura a la que estaban encerrando, que había crecido y que estaba más alta que yo, que al ser sus piernas más largas no se podía sentar ahí y que, además de la severa desnutrición, estaba muy deshidratada. Fue una serie de situaciones que terminaron en su muerte, sin culpables, sin una tumba y sin justicia. La culpa me carcomía el alma, y fue por eso que decidí prepararlas a ustedes para luchar en lugar de amarlas tanto como lo había hecho.

"No tenía intención de vengarme de esas mujeres, pero cuando vi sus fotografías en la televisión y que las iban a premiar por básicamente haber arruinado cientos de vidas y matado a Maura, me hervía la sangre. No iba a dejar este mundo sin eliminar a esas alimañas. Entrené mi cuerpo y me preparé mucho tiempo para cazar a ese par de bestias. No contaba con que te encontraría, pero ya estaba todo planeado y listo, y francamente no me importaba si me sorprendías, o si me denunciabas, solo quería vengar a Maura. Darle descanso. Esas son mis razones. Mi vida está hecha Susana, no me arrepiento de nada, excepto de haber

cambiado de lugar con Maura aquel día. Perdóname por haberte metido en esto.

—No te voy a dejar sola, no me lo pidas porque no obedeceré

4

Tardaron meses en comer toda la carne. Tuvieron que mezclarla con carne de otras especies porque el sabor era fuerte y la consistencia elástica debido a que las "cerdas" ya estaban viejas. Una vez terminado el último bocado, Marcela pidió a Susana que fuera a comprar al pueblo. Susana era astuta y solamente dio un rodeo por los alrededores para luego volver a la casa y ver qué hacía Marcela, ya que estaban abastecidas con todo lo que pudieran necesitar y no era necesario ir al pueblo por lo menos en un mes; subió a un árbol cercano y la observó por una ventana escribiendo una nota. Sobre la mesa había una carpeta con el logo de la notaría local y su rifle. Susana comprendió rápidamente las intenciones de Marcela y no lo iba a permitir. Bajó y corrió a la casa.

Corrió, corrió y corrió... solamente se detuvo cuando oyó un disparo.